

UNAMUNO, PAISAJISTA

Se ha dicho con frecuencia que Unamuno habla siempre en primera persona. Se le ha presentado como un eterno egotista que no sabe prescindir de su yo. El reproche, si reproche es, no carece de justeza, mas pienso que la obra entera de Unamuno estaría desprovista de todo sentido si hubiera sido escrita en tercera persona. Unamuno no ha querido nunca "acamellarse", pasar por el aro, que dicen los castizos, y, si bien se mira, más valor es necesario para afrontar la opinión ajena haciendo valer la propia personalidad que para convertirse, como él dice, en "acamellado", desprovisto de toda personalidad y originalidad.

Nuestro autor no puede concebir el arte impersonal o la impersonalidad en el arte. Es él parte integrante de sus escritos, que, de otro modo, no se explicarían. Por ello, experimentará alegría no poca al leer las cartas de Flaubert, donde descubre, sin esfuerzo, al propio Flaubert en carne y hueso, al artista que piensa y siente *personalmente*. Cree Unamuno que esas doctrinas no son sinceras (*Andanzas y visiones españolas*, 86) y añade: "Los únicos escritores perfectamente *impersonales* son los que carecen de toda personalidad, y entre ellos los puros eruditos y los meros informadores" (*Ibidem*, 86). Este juicio es tan duro como inexacto, pues si un mero informador puede ser *impersonal*, un poeta como Théophile Gautier, pese a su *arte impersonal*, tiene una *personalidad* bien acusada. Son sus poemas *impersonales* los que han afirmado su personalidad.

Si el sentimiento de la naturaleza de Unamuno está impregnado de su recia y original personalidad, sus pinturas de paisajes están esmaltadas de *matices* personales, de colores que son sentimientos propios, de luz que es destello del alma unamuniana. Unamuno forma parte del paisaje que describe, o si se quiere, es uno dentro del paisaje y alma de él.

Los paisajes que describe a lo largo de su vasta obra, que nos

proponemos estudiar minuciosamente, esos ensayos del paisaje, no son en realidad otra cosa que traslados del paisaje de su alma atormentada, agónica, iluminados por su "yo" personal e individual. Unamuno no sólo vive en sus paisajes, sino que tiene necesidad de verse en ellos.

Unamuno aprecia el paisaje por la impresión que le produce y piensa que cada paisaje es factor determinante de la vida y del destino del hombre: "Aquellos paisajes que fueron la primera leche de nuestra alma, aquellas montañas, valles o llanuras en que se amamantó nuestro espíritu cuando aún no hablaba, todo eso nos acompaña hasta la muerte y forma como el meollo, el tuétano de los huesos del alma misma" (*Andanzas*, etc., 26).

El escritor J. M. Salaverría desarrolla la misma idea al hablar de San Ignacio de Loyola. Tal vez sea una coincidencia entre dos hombres vascos. Dice él: "Somos hijos de la tierra, y de la tierra nos llega la raíz de nuestros futuros desenvolvimientos; la esencia del paisaje que nuestros ojos ven desde niños viene luego a formar la esencia de nuestro espíritu" (*Las sombras de Loyola*).

El paisaje que Unamuno había contemplado en los días de su niñez era un paisaje húmedo, melancólico—mucha tierra y poco cielo—, el mismo paisaje que había hecho de San Ignacio de Loyola un combatiente de la fe católica. Si estos dos hombres hubieran vivido en la misma época creo que se hubieran entendido bien, aunque no era cosa fácil entenderse con don Miguel. Es posible que la comunidad del país hubiera engendrado una confraternidad ideológica inquebrantable, ya que las convicciones profundas y sinceras, la religiosidad probada, el espíritu rebelde de batallador infatigable, la intransigencia en nombre de los sentimientos era cosa característica de ambos hombres, nacidos en la misma tierra.

Unamuno, trasplantado del país vasco, ha sabido asimilarse perfectamente el severo paisaje castellano. Se concibe que el esfuerzo de adaptación ha debido de ser inmenso. Esfuerzo de lengua, de carácter, de espíritu, de ideas. ¿Cómo armonizar la verdura del país vasco con la sequedad y hosquedad de la tierra castellana?

Escritores extranjeros han afirmado con excesiva ligereza que el paisaje no existe en la literatura española. Unamuno va a levantarse contra tan falsa opinión diciendo que en nuestra literatura no hay sino "paisajes, que los que los hombres del *Poema del Cid* o los del *Roman-*

cero son como encinas, robles o rocas, de recio leño o de piedra eterna" (*Andanzas*, etc., 163). Nosotros podríamos añadir que Don Quijote y Sancho no son sino dos caras de un mismo paisaje, o si se quiere, dos facetas del mismo paisaje del alma española.

España no está desprovista de bellos paisajes. Los que lo afirman demuestran desconocimiento total de las regiones españolas y nos imputan como defecto lo que debiera ser reconocido como mérito abundoso.

En efecto, "pocos países habrá en Europa en que se pueda gozar de una mayor variedad de paisajes que en España. Costas llanas y mansas, y costas bravas de rocosos acantilados; vegas y llanuras, páramos desiertos, montañas verdes y sierras bravas..., de todo, sin fin" (*Por tierras de Portugal*, etc., 135). Aunque el autor exagerara, llevado de su indiscutible sentimiento patriótico, mil veces probado, justo será declarar que sus palabras responden a la realidad española. España, para rivalizar en lo que a turismo se refiere con los países más celebrados de Europa, no tiene necesidad sino de dos cosas: una propaganda turística bien organizada y medios de comunicación fáciles que permitan la penetración aun en los rincones más apartados.

VARIEDAD DE PAISAJES ESPAÑOLES

Hay paisajes que encantan la vista, recrean el ánimo y despiertan en el alma toda clase de emociones íntimas duraderas. Dejan a veces en el espíritu un recuerdo que es, en sí mismo, delicioso paisaje perfumado. Los hay que se borran, pero aquellos que han excitado una emoción honda se convierten en nuestra eterna compañía. Ellos son nuestro solaz en horas de tedio. Son los paisajes del recuerdo los que nos traen solaces más profundos en los instantes de pesar y de turbación de espíritu. Embalsaman la amargura con el aroma del pasado, hondamente sentido, como flores nuevas.

Cada paisaje tiene su belleza propia, personal, su alma. Todo consiste en saber descubrirla, en ponerle al desnudo. Los paisajes rientes agradan a las gentes: la verdura, las flores, los árboles que retoñan y anuncian ópimos frutos, el campo cubierto de manchas doradas de botones de oro en la primavera. Nos cautiva la naturaleza ornada, embellecida, vestida de sus mejores galas. Pocos son los hombres capaces de comprender y admirar la viril belleza de una roca desnuda,

pelada, que se levanta solitaria sobre la cima de la montaña, como si desafiara al cielo. Nos encanta el desnudo en la pintura, pero no siempre llegamos a descubrirlo en la naturaleza, y menos todavía, a amarlo intensamente, apasionadamente.

El desnudo es la sobriedad, la ausencia de artificio. Nada de extraño tiene que Unamuno afirme que prefiere la sobria belleza del Escorial al barroquismo de Salamanca (*Andanzas y visiones*, 87).

“Debo confesar que a mí me produce una más honda y más fuerte impresión estética la contemplación del páramo que uno de esos vallecitos verdes que parecen nacimientos de cartón” (*Andanzas*, 87).

El verde, sabido es, no es el color general de España, sino de una parte no extensa. El color dominante es el pardo, color severo y trágico, pese al cielo luminoso. “Sobre esta tierra serena y reposada, junto a estos pequeños ríos sobrios—habla él de Castilla—es como el espíritu se siente atraído por sus raíces a lo eterno de la casta” (*Ibidem*, 35). Trabajo tienen los que pretenden “desespañolizar” el espíritu hispano para convertirlo en europeo o, si se quiere, falsearlo. La misma naturaleza se opone a ello.

No puedo alabar a nuestro admirado Azorín cuando habla de la “inacción de Castilla”, y menos todavía a los publicistas extranjeros que toman las palabras del autor español para concluir, a base de ellas, que en Castilla todo es soñoliento, triste y decadente. Los hombres, duros como el paisaje, no son demasiado expansivos, pero si alguien supiera leer en sus almas vería que no es el sueño lo que duerme en ellas. Esos espíritus simples no son autómatas, aunque dormirar parecen, pues brilla la inteligencia en sus ojos y la resolución en sus viriles semblantes. No se trata de sueño, sino de vida interna rica y profunda. Los que afirman lo contrario creo que no conocen el abecé del alma castellana. No es posible luchar contra la fatalidad, contra lo inevitable. Pero tenemos la obligación de mirar con circunspección las opiniones emitidas por los extranjeros, sobre todo por los franceses, a propósito de España y de sus habitantes. No pocos autores, como había notado ya Cadalso, sienten mayor preocupación por crear una obra literaria pintoresca, notable por su estilo, que por penetrar en el interior del alma española y tratar de comprenderla. No se describe el paisaje real del alma castellana, sino que se hacen de él caricaturas desmañadas.

El verdadero paisaje para nuestro autor no es el de extensiones

inmensas, que se diría enturbian la visión a causa de su grandeza; "el genuino paisaje es de rincones pequeños. Allí es donde se coge el alma del campo. Un solo árbol mirándose en una charca en medio de un solemne desierto es algo de lo más grande con que se puede encontrar un hombre que lo sea de veras por dentro" (*Andanzas y visiones*, 164). He aquí la esencia de la idea unamuniana en lo que concierne al paisaje: la grandeza de la soledad. Notemos que no describe un paisaje real, sino el paisaje que descubre en sí mismo y que responde a su propio ideal.

Podría afirmarse, sin temor de errar, que Unamuno nos ofrece a veces un paisaje ideal, soñado o concebido en su imaginación, más bien que una idea real de un paisaje visto físicamente.

Cree él que el paisaje familiar, sencillo y restringido es más apto para despertar sensaciones íntimas sinceras que el paisaje de las vastas llanuras o de las montañas más elevadas. Por eso dice que "la huerta casera sirvió a Santa Teresa de Jesús para metáforas en que dió carne a su doctrina mística" (*Ibidem*, 164).

Creo que nuestro autor tiene razón, pues me viene a la memoria que fray Luis de León compuso sus *Nombres de Cristo*, joya sin precio de nuestra literatura, en la quinta "La Flecha", al borde del Tormes, en medio de un paisaje campestre reducido y familiar.

El campo es, sin duda, una metáfora, mas esta metáfora tiene los matices más variados. En Unamuno, en general, predomina el matiz trágico, la angustia eterna, la lucha que no alcanza término. Por eso dice: "Hay paisajes que conviene mirarlos en ayunas y aun con algo de sed. Sediento contemplaba yo una vez las espesuras del Zorzoso (Salamanca) y aunque *la angustia* me privaba de mirarlas con el sosiego que la contemplación estética exige, nunca comprendí mejor su metáfora. Hubo momentos en que creí que se me iba a parar el corazón o a estallárseme o cuajárseme la sangre. Y a *la angustia física* se me unió *la angustia moral*, *la angustia religiosa*, más aún, *la angustia metafísica*" (*Ibidem*, 165).

He aquí el espíritu del campo expresado en metáforas. Se pasa, de modo gradual, de *la angustia física*, que puede ser pasajera, a la *metafísica*, difícil de arrojar del ser.

Un paisaje no en realidad, sino reflejo fiel del espíritu del que lo describe. Un alma atormentada, mal que le pese, no describirá sino paisajes de tonos severos, atormentados, aunque el marco real sea

riente. He cruzado las tierras aragonesas que Unamuno nos describe y, en honor a la verdad, debo decir que no las he hallado la severidad de líneas y de tonos que él nos dice. No encuentro en parte alguna la nota trágica, tal vez porque no soy inclinado a ver tragedias. Don Miguel nos dirá: "Atravesamos las tierras trágicas de la sobremeseta aragonesa" (*Ibidem*, 100), y más lejos: "Esas tierras trágicas hacia Sigüenza" (*Ibidem*, 100).

Hay literatos que confunden la aspereza de un paisaje, su carácter bravío, con la fealdad. Nada es feo en la naturaleza si se sabe mirar con la intención de descubrir bellezas. Hasta los seres que solemos llamar monstruos de fealdad constituyen un dechado de perfección y de belleza único en su género. Nada existe en el orden humano que sea por entero perfecto y que no muestre partes menos bellas, así como tampoco nada es absolutamente feo. Si se establecen grados en los dos sentidos—belleza y fealdad—, justo será confesar que la más alta fealdad, el último grado de fealdad puede constituir, en sí mismo, un ejemplo típico de belleza única. Las figuras deformes que pintara Velázquez, el Quasimodo de *Nôtre Dame de Paris*, no son otra cosa que modelos únicos, perfectos en cuanto a la belleza.

El hábil Cocteau, al llevar a la pantalla *La belle et la bête*, tal vez no haya buscado sino presentar el contraste entre dos seres que, cada cual en su clase, son bellezas típicas. Me atrevo a afirmar que, al contemplar esas dos figuras, la belleza de la "bestia" sobrepasa a la de la "bella", ya que ésta es más convencional.

Unamuno no caerá jamás en el error de considerar a un paisaje feo y poco atrayente. Por eso nos dice: "No he encontrado todavía paisaje feo ni comprendo cómo hay quien lo encuentre. Hay tierras tristes, tristísimas, desoladas, saháricas, esteparias, pero muy hermosas, solemnemente hermosas" (*Ibidem*, 100). Todo es bello en la naturaleza, y los que "hablan de la fealdad del campo castellano no saben lo que se dicen" (*Ibidem*, 88).

Las ideas trágicas habituales de Unamuno dejan a veces de atormentar su espíritu para dar paso a una paz interior, que tiene mucho de ensueño. Mientras que en Castilla, como decía nuestro gran Calderón, "la vida es sueño" y las gentes parecen soñar despiertas, así como también las cosas visibles, tal vez aplastadas bajo el peso de las antiguas grandezas, en las islas Baleares todo invita a pensar que "el sueño es lo que se tiene ante los ojos, aquí toda la naturaleza es

sueño. Pero sueño de mediodía de verano, palpable y firme, donde la luz del cielo se adensa y cuaja en formas claras y precisas. Es un paisaje intelectual, contemplativo, seguro de sí mismo" (*Andanzas*, etcétera, 116).

No se puede creer que la poesía bucólica haya nacido del contacto más expansivos y retozones que los de Castilla, que forjan en su silencio eterno sueños de gloria imperecedera. La claridad de Mallorca contrasta vivamente con el color pardo y severo de esta Castilla firme y seca, que describe con raro arte Larreta en su libro *La gloria de don Ramiro*. Estas islas son aurora perpetua de ensueño, mientras que Castilla es el eterno ocaso de un sol que no logra vencer por entero las sombras de la noche.

No se puede creer que la poesía bucólica haya nacido del contacto del hombre con selvas y bosques exuberantes, donde el peso de la naturaleza—la naturaleza tiene un peso y una dimensión—bastara para borrar todo sentimiento sencillo e ingenuo, y, sobre todo, íntimo. Las grandes masas de tierra no presentan una perspectiva fácil de limitar y de describir. Los detalles lejanos, siempre borrosos, nos escapan con frecuencia, por no decir siempre, aunque veamos claro.

La poesía bucólica, simple y en extremo ingenua, no la artificiosa que crean los poetas eruditos al amor del fuego lejos de la naturaleza, ha debido nacer, como quiere Unamuno, al borde de los riachuelos humildes, sin fama, en los linderos de bosquecillos amenos. Nuestro autor buscará el origen de ese sentimiento y nos dirá que la poesía bucólica ha surgido "en paisajes limitados, sencillos, al parecer pobres" (*Andanzas*, etc., 88). Este pensamiento unamuniano animaba ya al poeta que cantó la paz del campo, lejos de todos y olvidado del mundo, contentándose "con pobre mesa y casa".

No es fácil la tarea de hallar un escritor español que conozca a España mejor que Unamuno, por haberla recorrido en todas direcciones. La ha visitado y la ha descrito. Y la describe como la siente, con la pasión que es cualidad permanente de su alma.

Los que le reprochan que no ha sido capaz de comprender el paisaje extranjero hablan a tontas y a locas, por no decir con cierta envidia. Aun en el destierro, en París, el paisaje español obsede a la imaginación de nuestro autor y sigue describiéndolo, por no decir *sintiéndolo*, con la misma intensidad que si se hallase ante él. El reproche no es justificado. La idea española atormentaba demasiado

hondamente el espíritu unamuniano para dar en él cabida a sentimientos extraños. Vive en el extranjero, pero la idea de España, su España, con sus paisajes eternos, no le abandona jamás.

¿Quién duda que hubiera sabido describir los jardines de Versalles si hubiese puesto manos a la obra? Creo que nada pierde su obra sin apéndices extraños. Si hubiera descrito paisajes extranjeros no hubiera compuesto el *Romancero del destierro* ni *Cómo se hace una novela* y otras obras vitales. Por otra parte, ¿para qué deformar con colores extraños los del paisaje que él contemplaba de continuo en su alma? Creo que su inhibición merece más bien alabanza que reproche malicioso. Bien hizo en no contaminar con bastardías extranjeras la pureza legítima de su prisma español.

Quando nuestro autor habla de Castilla no se limita a darnos una idea del país. Tiene necesidad de explicar también las consecuencias del paisaje. Esta tierra, que pasa sin transición de la sequía más absoluta a las lluvias torrenciales; de la montaña pelada y casi inaccesible a la llanura, a la meseta apenas acogedora, es la imagen, la representación material del espíritu español. Nada de equilibrio, nada de tonos intermedios. O todo o nada. Se pasa de un extremo a otro sin que sea posible detenerse en un punto estable, que sirva de fiel entre ambos extremos, de equilibrio. Esto se observa no sólo en el orden de las ideas, sino también en el orden político y en el social. España no es en vano el país de los grandes inquisidores y de los grandes heterodoxos.

El silencio y recogimiento de Castilla, descritos magistralmente por nuestro Azorín, ese cielo que se extiende sin fronteras, esa sequedad natural que parece rechazar todo trato afable entre los hombres, han sido, sin duda, los factores fundamentales que han impulsado a los castellanos a buscar en la mística un punto de apoyo estable, algo defintivo a que agarrarse, a fin de contrapesar y equilibrar la inestabilidad y dureza de la tierra y su vida silenciosa.

Por ello Unamuno, después de hablar extensamente de ese problema en su obra básica, *En torno al casticismo*, dirá en otro lugar: "En Castilla el espíritu se desase del suelo y se levanta, se siente aún más allá y el alma sube a otras alturas a contemplar sobre estos horizontes inacabables y secos una bóveda azul y transparente, inmóvil y serena" (*De mi país*, 70). No se trata de un verdadero paisaje, sino de ensueño real, de aspiración hecha sueño, de ansia viva de espíritu por

llegar a su centro, que es la Divinidad eterna, como eterno es el espíritu de la Castilla del Cid. Si Dios "nos sueña", como quiere Unamuno, no es menos cierto que Castilla "sueña a Dios" y no cesa de soñar con él en el silencio eterno de mesetas y llanos.

Esta aspiración ha sido plasmada de modo definitivo por nuestro autor cuando dice:

Tú me levantas, tierra de Castilla,
 En la rugosa palma de tu mano,
 Al cielo que te enciende y te refresca.
 Al cielo, tu amo.
 Es todo cima tu extensión redonda,
 Y en ti me siento al cielo levantado.
 Aire de cumbre es el que se respira
 Aquí, en tus páramos. (*Antología*, 22.)

La sequedad de este país místico se reproduce una vez más en otro cuadro, sueño de Unamuno, digno de alto pincel: "Vi otro cuadro... En primer término quebraba la imponente monotonía un cardo, y en el fondo, las siluetas de Don Quijote y de su escudero Sancho" (*De mi país*, 68). Un cardo, planta hosca y pobre, atracción de colores cantores, planta que podría considerarse como representación del alma atormentada, del alma ascética de una raza que aspira a conquistar el mundo no para vanagloria personal, sino para la gloria de Dios; espíritu ascético, espíritu de sacrificio que lo da todo y no reclama nada en cambio. Es éste el espíritu de España, esa España eterna, tan celebrada como poco conocida y mal juzgada. En efecto, mientras las grandes potencias de Europa, en el viejo tiempo, se formaban y adquirían noción de nacionalidad sin ocuparse de los otros, España partía a la conquista del mundo y dejaba aquí y allí pedazos de su alma tan generosa como poco interesada. Los otros se constituyen en nacionalidad, con individualidad propia, mientras España se prodiga sin medida sin exigir una justa compensación.

La idea de Dios domina el vasto paisaje castellano. Por ello, nuestro autor puede decir: "Sus horizontes dilatados me recuerdan el sólo Dios es Dios y los horizontes dilatados del espíritu de Don Quijote, horizontes cálidos, yermos, sin verdura. El cielo es azul, todo lo demás terroso" (*De mi país*, 69). No en vano hemos dicho que Don Quijote y Sancho eran dos facetas distintas del mismo paisaje.

Paisaje, como queda dicho, enérgico, duro, fuerte y severo, seco

como el cuerpo de los habitantes de Castilla y de la tierra. No me atrevo a decir sobrio porque bien sé que la sobriedad tan celebrada de los castellanos no es tanto cualidad innata como imposición de la misma naturaleza.

Las visiones de Unamuno constituyen verdaderos cuadros plásticos en los que cada dimensión está claramente definida y determinada: "Todo parece un mar petrificado, y como un navío lejano en el fondo, se pierde la iglesia de Meco" (*De mi país*, 68). Es difícil hallar un paisaje castellano donde la veleta de la torre de la iglesia no se columbre de lejos.

A la sensación de sequía que se experimenta ante el paisaje castellano se añade la de una melancolía tan profunda como apacible. Se diría que el espíritu descansa al contemplarlo: "La vista se dilata por el horizonte lejano y el paisaje infunde melancolía tranquila" (*De mi país*, 68). Tranquilidad, calma, silencio y, por encima de todo, vida interior profunda y deseo de elevación, de aspiración eterna hacia lo que es permanente y no está sujeto a corrupción.

PAISAJE DE CIUDADES

Unamuno es hábil pintor. Una sola pincelada basta para describir Alcalá de Henares con rara precisión: "Rojiza, tostada por el sol y el aire, pegada al suelo" (*Ibidem*, 67). Y más lejos la nota del alma de la ciudad: "En Alcalá es hoy todo tristeza" (*Ibidem*, 66).

Avila, hábilmente descrita por Larreta, es objeto de la atención sostenida de Unamuno, y vale la pena. "Esa ciudad de Avila, tan callada, tan silenciosa, tan recogida, parece una ciudad musical y sonora. Ella canta nuestra historia, pero nuestra historia eterna... Sus murallas parecen clausurarla cerrándola al mundo" (*Por tierras de Portugal*, etc., 126). García Tassara lo había dicho ya también:

Campos desnudos como el alma mía,
Que ni la flor ni el árbol angalana.
Ceñudos al nacer de la mañana.
Ceñudos al morir del breve día. (*Ibidem*, 127.)

Mas esos campos de Avila, la ciudad del silencio, que tiene músicas de historia, ese paisaje tan "apacible y huraño" nos incita a vivirlo "con el fondo del alma, con el alma desnuda, como están des-

nudos los campos y desnudo hasta el cielo que los cubre" (*Ibidem*, 127).

Avila, al modo de otras muchas ciudades castellanas, es lugar apropiado para desligarse de todo apetito carnal y terrestre, de todo apego a la materia y llegar a comprender sin esfuerzo la vanidad de las glorias humanas. Se comprende mejor el espíritu de nuestra Santa Teresa de Jesús cuando se conoce a Avila.

El monasterio de Guadalupe invita a la meditación, pero el pueblecillo que lo rodea "es uno de esos típicos pueblos serranos llenos de encanto y de frescura. Sus soportales, sus fuentes, sus calles con entrantes y salientes y voladizos balcones de madera, sus casas señoriales, su sello, en fin, de reposadero" (*Ibidem*, 109). Las pinceladas unamunianas son tan enérgicas como precisas.

Santiago de Compostela, con "sus recodos y esguinices, entre pétreas plazas", es una ciudad austera y "bajo aquel cielo plúmbeo y lluvioso se ennegrece tan pronto, dando a la ciudad el aire sombrío que la distingue" (*Visiones españolas*, 44). Su catedral no infunde deseos de vivir, sino recogimiento profundo, piedad honda: "Allí hay que ir para rezar de un modo o de otro" (*Ibidem*, 45). Ello no impide que sus soportales sombríos recojan en la noche "los susurros de los enamorados" (*Ibidem*, 45).

Dice nuestro autor que el paisaje gallego es esencialmente femenino. Por ello se pregunta si logrará con "su prosa seca y dura" dar una impresión exacta de Santiago de Compostela. Ni su prosa es seca ni dura y vence en la tarea de describir la ciudad compostelana.

Salamanca es el polo opuesto de Santiago. Todo es claridad en ella, es una ciudad "más soleada, más abierta y peor empedrada también" (*Andanzas y visiones*, 44). Salamanca, "asentada en un llano a orillas del Tormes, es una ciudad abierta y alegre, sí, muy alegre. Como el sol que sobre ella brilla, ha dorado las piedras de sus torres, sus templos y sus palacios, esa piedra dulce y blanda... que, oxidándose, toma ese color caliente, de oro viejo, y cómo a la caída de la tarde, como poso del cielo en la tierra, destaca su oro sobre la plata del cielo y se refleja en las aguas del Tormes" (*Ibidem*, 87).

Las viejas fachadas de esta venerable ciudad universitaria invitan a pensar en lo eterno y permanente. Hay lugares "en que uno puede ir soñando en una España celestial, colgada para siempre de las estrellas" (*Ibidem*, 88).

Los paisajes de ciudades se suceden sin interrupción. Le toca el turno a Barcelona, la capital catalana, que no parece excitar la admiración de nuestro autor, aunque encuentre agrado ante su catedral.

Esta ciudad moderna, orgullo de los catalanes, "alegre, voluble, ligera y pomposa" (*Andanzas*, etc., 105) despierta la ironía de don Miguel, siempre dispuesto a encontrar bueno el pretexto que le permita dar libre curso a malicia, que la contempla demasiado "fachendosa y fachadosa" (*Ibidem*, 105). Demasiadas fachadas hermosas; se diría que no hay sino fachadas. El hecho se explica si se tiene en cuenta que el Ayuntamiento catalán había instituido un premio anual para la fachada más bella.

Uno de los paisajes más bellos de Mallorca es el de Valldemosa. Este paisaje ha sido descrito galanamente por Piferrer y Quadrado. Unamuno lo hará también. Su descripción, más personal y emotiva, no es inferior a la de los autores citados. Me atrevo a afirmar que es superior y que añade a la realidad descriptiva un elemento subjetivo que no se descubre en los otros autores: "Una abrupta pendiente que baja desde cerca de mil metros hasta el mar, toda ella revestida de fronda, de pinos, y olivos, y encinas, y algarrobos, y matas, con salientes por doquiera para mejor avizorar el mar, con repliegues amorosos, con acotaduras que viste la yedra, y abajo, en la costa, acantilados deslumbrantes de luz a cuyo pie duermen aguas de esmeralda, de zafiro, y luego el mar nacarado espejando al cielo" (*Andanzas y visiones*, etc., 124). Este cuadro, de belleza sin reproche, encanta a nuestro autor y, llevado de su admiración fuerte y natural, exclamará: "La maravilla máxima que para los ojos del alma y para el alma de los ojos ofrece Mallorca está aquí, en Valldemosa" (*Ibidem*, 124). Una vez más el sentimiento natural y físico se mezcla al sentir espiritual.

Unamuno describe, y cada descripción es fruto del arte maduro y no mero "descripcionismo", pues "el descripcionismo suele ser de ordinario señal de decadencia artística" (*Ibidem*, 126). El describe bien, y su descripción es corriente de amor apasionado por las cosas que pasa por tamiz de fino sentimiento. Tan fino como hondo.

No le basta, por otra parte, describir paisajes, es decir, el aspecto físico de cuanto abarca la mirada. Nuestro autor nos describirá el alma misma del paisaje: "Llegamos a Oñate a la caída de la tarde, entre llovizna. La calma de la villa se bañaba en orvallo. Era su más ade-

cuada vestidura, porque *el alma de estas villas es un alma húmeda y crepuscular*" (*Por tierras de Portugal, etc.*, 140). El claustro de Oñate tiene también alma propia. Ese piadoso claustro inspira la melancolía "de lo imposible de ciertas resurrecciones" (*Ibidem*, 140).

Hasta las muchachas "de luto, recogidas, con su devocionario en la mano" (*Ibidem*, 141) parecen formar parte del alma del paisaje y en nada desdican de él. El espíritu del autor no podrá permanecer ajeno a ese hondo recogimiento que parece ser nota típica del paisaje y de las gentes. Por ello nos dirá: "Esas muchachas de nuestros pueblos vascos, sumisas al destino, que van a las primeras misas, me traen al espíritu toda una evocación de callada vida interior, de vida de esperanzas, ya terrenas, ya ultraterrenas" (*Ibidem*, 141).

El paisaje del país vasco, decía Salaverría, "se compone de dos aspectos antagónicos: el paisaje vasco puede designarse con la palabra *risueño* y con la palabra *trágico*. Es un paisaje que tiene dos caras". Unamuno nos dirá: "Aquellos nuestros paisajes parecen nacimientos de cartón con casitas blancas, con arbolitos redondos y verdes, con arroyos de cristal" (*De mi país*, 70). Se diría que se trata de un paisaje de tarjeta postal. Nuestro autor añade: "En el paisaje vasco todo está al alcance de la mano... Es un cielo doméstico, de hogar, en el que se ve más tierra que cielo; es un nido" (*Ibidem*, 16).

El contraste con el paisaje castellano no puede ser más violento y profundo: "En Castilla todo es cima. Aquí se abarca más cielo que tierra" (*Ibidem*, 16). La conclusión de nuestro autor no carece de significación: "Este (Castilla) es un paisaje de invierno o de verano, mientras que aquél (Vizcaya) es paisaje de primavera o de otoño" (*Ibidem*, 16).

LOS CEMENTERIOS

Después de haber descrito Arévalo, con las torres de sus iglesias y de sus conventos, Unamuno nos habla de un castillo donde se halla un cementerio viejo, fuera de todo uso. La nota triste y trágica viene una vez más a unirse a la austeridad que respiran los lugares y nuestro autor se verá obligado a exclamar: "¿Habéis visto algo más melancólico y más lleno de sentido trágico que un camposanto abandonado, que las ruinas de un cementerio?" (*Andanzas, etc.*, 34). Se concibe bien la expresión becqueriana: *¡Dios mío, qué solos se quedan*

los muertos; así como también el final de uno de los sonetos de Unamuno, que dice: "¡Hasta los muertos morirán un día!" Esta nota melancólica o trágica no es, sin embargo, razón suficiente para pensar que todas las ciudades castellanas son sombrías y atormentadas. Nuestro autor, frente a no pocos extranjeros que así hablan, nos dirá que "eso es un gran embuste".

Unamuno concluirá como sigue: "Recorriendo estos viejos pueblos castellanos, tan abiertos, tan espaciosos, tan llenos de un cielo lleno de luz, sobre esta tierra serena y reposada, junto a estos pequeños ríos sobrios, es como el espíritu se siente atraído por sus raíces a lo eterno de la casta" (*Andanzas*, etc., 35).

Creo que Baroja, que juzga ciertamente a la ligera al autor de estas palabras, debiera releerlo y meditar profundamente sobre el sentido de los dichos de nuestro españolísimo autor.

El talento descriptivo de Unamuno, jamás exento de la nota subjetiva, se manifiesta lo mismo cuando esboza cuadros de ciudades, de catedrales, de campos o de regiones que cuando nos pinta las calles de una villa cualquiera o sus casas.

Notemos que el elemento subjetivo es perenne en sus descripciones. Por ello, cuando nos habla de La Laguna, la descripción va envuelta en pinceladas de carácter subjetivo: "En el cielo, bruma, una bruma de ensueño, de soñarrera más bien. Unas calles largas, largas como el ensueño; en el fondo, una torre tronchada. Acá y allá, casas con salientes miradores de madera, de celosías, pintados de verde por lo común" (*Por tierras de Portugal*, etc., 186). Las consideraciones personales no abandonarán jamás a la descripción: "En La Laguna, un silencio y una soledad que se me metían hasta el tuétano del alma." (*Ibidem*).

La nota triste domina todos los matices. Al silencio eterno que reina en la mayoría de villas españolas se mezcla una especie de angustia suscitada por la soledad misma, que, al apoderarse del espíritu, le hacen pensar en el desamparo. Tal vez sea esta la causa que movió a no pocos extranjeros a decir que el paisaje español es feo.

Ningún detalle del paisaje escapa a la fina observación de nuestro autor. A veces se trata sólo de una carretera que serpentea "por entre frondosos castañares, a la vista de la enhiesta sierra nevada" (*Por tierras de Portugal*, etc., 193). Otras veces son sencillos "senderos cortados a pico en abruptos y escarpados derrumbaderos" (*Ibidem*, 176).

Las torres atraen con frecuencia su mirada, esas torres que "nos meten en el ánimo el ansia tormentosa de decir lo indecible, de dejar en la alada palabra que vuela sonora, y pasa, y se pierde, lo que pasa y no se pierde" (*Andanzas y visiones*, etc., 136). Una vida intensa anima en ocasiones a las torres. Ellas constituyen también un hogar en que la vida canta su propia eternidad, pues "arriba, en la torre, la cigüeña ha fabricado su nido en copa de leña, obra de arquitectura también" (*Paisajes del alma*, 137). La arquitectura de la torre, obra del hombre, acepta sin protesta este aditamento de la arquitectura pajaril, que no la afea en ningún punto.

PAISAJE DE MONTAÑA

Uno de los paisajes preferidos de nuestro autor es el de la montaña. La altura, la elevación. Se diría que el espíritu se siente más libre sobre la cumbre de la montaña que sobre el verde prado de valle riente y perfumado.

La ascensión, como queda dicho, es motivo de goce íntimo, de delicia intensa. En efecto, "el pecho respira aire lavado de las alturas y el espíritu la paz de aquella soledad alpina. Siente uno el premio de la fatiga. Se bebe de la tierra" (*Por tierras de Portugal*, etcétera, 144).

Las ascensiones son, sin duda, buen ejercicio para el cuerpo, que se fatiga, al mismo tiempo que medio adecuado de recuperación física: "Allá arriba, ascendiendo paso a paso, huelgo a huelgo el pedregoso sendero, allá arriba a hacer provisión de sol y de aire y de reposo" (*Andanzas y visiones*, etc., 69). Es precisamente en la cumbre donde se siente que "la vida parece un sueño y un soplo" (*Ibidem*, 69).

Notemos una vez más que nuestro autor, más que un paisaje real de montaña, nos describe su propio paisaje íntimo, los sentimientos que la vista del paisaje despierta en su interioridad sensible.

Las emociones de Unamuno serán siempre nuevas y se sucederán sin interrupción. Las alturas de Gredos, donde "el cuerpo se limpia y se restaura con el aire sutil de aquellas alturas" y la vista se llena de belleza "con la visión dantesca de anfiteatro rocoso" (*Ibidem*, 15).

La cima nos enseña la ciencia del silencio y a hacer abstracción de las comodidades. La cumbre nos inspira ideas de paz y de sosiego, así como el mar despierta ecos de libertad en el espíritu: "Allí

arriba, en la soledad de la cumbre, entre los enhiestos y duros peñascos, un silencio divino, un silencio creador. Silencio sobre todo" (*Ibidem*, 19).

OTROS PAISAJES

¡Qué bien se vive lejos de la "ramplonería del mundo"! Sobre la cima de la montaña, más cerca del cielo, el mortal experimenta el deseo inefable de hacer examen de conciencia, pues "el sol de las cumbres nos ilumina los más recónditos repliegues del corazón" (*Andanzas y visiones*, etc., 20). El paisaje físico es reflejo del paisaje del alma del autor.

Los paisajes se suceden sin interrupción. Las colinas, los valles, los barrancos. Todo forma parte de las descripciones unamunianas. Por ello, en proyección incesante, vemos desfilar los "cerros pedregosos" que parecen caídos del cielo, por donde nuestro autor ve desfilar "verdes rebaños, grupos de encinas y de robles" (*Ibidem*, 162). Las imágenes son encantadoras y el contraste bello en extremo. "¡Qué delicia al dar vista a aquel vallecito de prado, allá, en lo alto, entre peñascos!" (*Ibidem*, 144).

El valle de Mena es "muy hermoso" (*Por tierras de Portugal*, etcétera, 137) y el de Pas es "todo austero recogimiento, de una triste paz" (*Ibidem*, 137).

Los cuadros campestres sencillos y atrayentes, no faltan en las descripciones subjetivas unamunianas: "Praderas de esmeralda, arboledas, una carretera en que crece la hierba. En el fondo del valle unas figuritas de hombres y mujeres segaban hierba en los prados" (*Ibidem*, 137).

La verdura del paisaje se contempla, sobre todo, en "los sotos con su verdura discreta y sobria, sin esa lujuriosa exuberancia de los países de la selva" (*Ibidem*, 88).

La soledad de la cumbre es "terrible", pero es aún más terrible "la soledad del páramo", pues éste no puede contemplar a sus pies "arroyos y árboles y colinas" (*Paisajes del alma*, 20). No le queda otro recurso que el de mirar hacia el cielo y aspirar eternamente a ganarlo.

LOS ARBOLES EN EL PAISAJE

He hablado ya del carácter femenino del paisaje gallego. En efecto, la región gallega ofrece, en su conjunto, un paisaje siempre verde y fresco. Unamuno mismo nos dirá que no se descubren en su suelo "sino a muy largos trechos las entrañas berroqueñas de la tierra" (*Por tierras de Portugal y de España*, 165).

El paisaje de los árboles contribuye, sin duda, a aumentar el carácter femenino que nuestro autor descubre por doquiera. Se trata de un "paisaje habitable", "de contornos ondulantes y sinuosos, como senos y caderas femeniles" (*Ibidem*, 165). Es un paisaje que nos atrae con fuerza, con la reciedumbre del sexo femenino: "Nos atrae a sus brazos y llama a reclinarse en reposo en su regazo, a soñar en las haldas de sus montes" (*Ibidem*, 165).

Los árboles atraen la atención de nuestro autor, sobre todo los castaños, pero no deja de sentir recreo a la vista de los "nogales, álamos, alcornoques, robles, quejigos, encinas, fresnos, almendros, alidos" (*Ibidem*, 110). Todo paisaje contiene particular belleza, y Unamuno ha confesado que no existe paisaje feo.

Llevado de tal sentimiento, consagrará a los "negrillos" un largo capítulo y un soneto, que no reproduzco, tan bello como profundo en su contenido. Este árbol le hará soñar y decir: "Me figuro que el árbol me mira y que tiene una clara, dulce y ancha mirada con sus mil ojos verdes, que se abren a mamar la luz del sol, y que me adiestra, no más que mirándome, en la lección de la paciencia" (*Andanzas*, etc., 97). Nótese que, aun hablando de árboles, nuestro autor no describe tanto la naturaleza como expresa los sentimientos que ésta le inspira. Se hace uno con ella continuamente.

Naturaleza verde, árboles verdes. Todo constituye una llamada a la quietud íntima, pues esta verdura "es un reclamo al silencio y al aquietamiento interiores" (*Ibidem*, 97).

No es difícil observar que el espectáculo de los árboles no inspira siempre las mismas ideas a Unamuno ni despierta en él sensaciones idénticas. Nuestro autor ha deseado con frecuencia sentirse solo, soñar bajo la sombra de los castaños en tanto los hombres del *Mano* viven entregados a sus bajezas y rencores diarios. En esto se parece a Rousseau.

Los olivos, por ejemplo, le inspiran sentimientos muy diferentes, sobre todo los de Valldemosa, de que hemos hablado: "Aquel olivo que lleva su copa como una enorme cornamenta enramada y se tiene en el suelo con sus cuatro patas; aquel olivo como un monstruo paleontológico, ¿es que se agarra a la roca o es que quiere desprenderse de ella " (*Ibidem*, 130). Una vez más resalta en los escritos de nuestro autor la nota agónica, el sufrimiento íntimo, la angustia personal.

Los almendros son menos trágicos. Esos árboles se encuentran "en correctísima formación, como un regimiento bien instruído y disciplinado, guardando escrupulosamente la fila" (*Ibidem*, 131). Se diría que Unamuno no siente el deseo de insistir sobre esta naturaleza, un tanto artificial, obra del ingenio del hombre.

¡Cuánto más agradables son los encinares! "El follaje de estas pardas encinas de Castilla es inmóvil al viento, es apretado y denso, es perenne" (*Ibidem*, 24).

Hay, sin duda, a lo que pienso, un parecido extraño entre Unamuno y la encina, pues este árbol, como él, es un "árbol férreo, ni el vendaval lo dobla o lo sacude, como hace estremecer al chopo la más tenue brisa" (*Ibidem*, 25).

En efecto, nuestro autor estaba tallado en roble. Por ello, no ha amado jamás a los débiles de espíritu, a los flojos. Los árboles, en suma, no son otra cosa que un aspecto más del alma del antiguo rector de Salamanca.

PAISAJE CELESTE

Unamuno nos ha dejado descripciones magníficas, suntuosas, del crepúsculo, del alba y del ocaso. Por ello, no nos detendremos mucho sobre tal terreno.

En múltiples ocasiones nos ha pintado el cielo, ya claro, ya nebuloso, tan pronto amenazador como lleno de refulgencias. Lo que nos interesa, en realidad, no son las descripciones de este paisaje, que llamo celeste y que podría ser apellidado atmosférico con igual razón. Lo que nos interesa no es la pintura material del cielo o de la atmósfera, sino la impresión personal de nuestro autor a la vista de los fenómenos atmosféricos. La esplendidez del cielo, por ejemplo, "infunde sentimiento de universal y serena indiferencia, indiferencia olímpica, no hipocondríaca" (*Paisajes del alma*, 31).

El sol es adorno del cielo y "la luz suave de nuestro cielo es más rica en matices, en tintas, dibuja mejor los contornos, lo mismo que hay al anochecer muchos más matices que a la luz del mediodía" (*De mi país*, 75).

El alba acaba de apuntar. Nada más bello y solemne: "La aurora, antes de abrir la puerta del sol con sus dedos de rosa, refrescó éstos en las eternas nieves de la cumbre del Madaleta, acariciándole con ellos." Las nieves "se enrosaron" y "empezó a bajar la luz del cielo". Más lejos nos dirá: "En la alta montaña la luz nos baja del cielo, y no como aquí, en la grandiosa paramera de Castilla, que es todo cumbre, donde el alba brota, como el sol, de tierra" (*Andanzas y visiones españolas*, 140).

La noche es "rica en oscuridad y silencio" y el día llega "lleno de luz"; "una mañana espléndida, pura, lavada, el sol doraba a lo lejos las alturas" (*Por tierras de Portugal*, etc., 145) y "todavía quedaban sumidos en la sombra los valles y los hombres que en ellos se afanan por vivir de lo que la montaña les da" (*Andanzas*, etc., 140).

La tranquilidad preside el nacimiento del día, así como el ocaso. La luna, que asoma su traviesa cabeza, parece pregonar la paz entre los hombres. El fin del día es siempre solemne cuando "el cristal plateado del río refleja el plata del cielo del día moribundo" (*Ibidem*, 100). La noche cierra la puerta de toda actividad humana y abre la del sueño.

EL COLOR DEL PAISAJE ESPAÑOL

Nuestro Azorín ha escrito un libro delicioso sobre *El paisaje de España visto por los españoles*. El color varía de región a región y de lugar a lugar. No pretendo agotar la materia, sino dar una idea general del color del paisaje a la vista de las obras de Unamuno.

El país vasco parece dominado por el *azul*, aunque Salaverría habla con frecuencia del *verde*. Unamuno nos dice: "Iban unas aldeanas arreando a sus burros. Y yo no dejé de notar la concordancia del tono azul desteñido en que estaba todo el paisaje envuelto con el azul desteñido del traje de los aldeanos y aldeanas. Porque el aldeano vasco gusta *vestirse de azul*; parece ser su color favorito" (*De mi país*, 13).

Es posible que nuestro autor tenga razón en lo que a los vascos

concierno, pero justo será observar que el azul no es color particular o peculiar del Norte, ya que los manchegos, en la región de Ciudad Real, se visten del mismo modo. Las blusas azules dominan por doquiera entre las gentes del campo. El aldeano o huertano de Valencia prefiere la blusa negra.

La idea de Unamuno es definitiva. Sus ideas son claras y precisas en cuanto al color que domina en su tierra natal: "Yo tengo siempre a la vista interior aquella cuna de mi espíritu, que me lo envolvió en *el azul* continuo y apacible de sus montañas, *el azul* oscuro y severo que adormece angustias y pesares que, al nacer, traemos pegados a la carne" (*Ibidem*, 16).

El azul lo domina todo: "Bendecía yo aquel *azul severo*, aquel *azul piadoso*, aquel *azul frío* y tranquilo que abraza y envuelve a la villa del Nervión" (*Ibidem*, 15).

El gris o pardo parece ser el color preferido de los españoles o, a lo menos, el color dominante en España: "En el teso de San Cristóbal, entre Formoselle y Villarino, no lejos del encuentro del Tormes con el Duero, comparábamos colores a colores... Los hombres estaban *de severo pardo*" (*Ibidem*, 13).

Este pardo ofrece singular contraste con el color abigarrado de los vestidos de mujer: "Ellas (estaban) con unos *rojos*, unos *gualdos*, unos *morados* y unos *verdes* tales que, en medio de aquel paisaje bravío, parecían gigantescas amapolas, flores de retama y otras flores silvestres" (*Ibidem*, 13). El rojo, dice nuestro autor, es *dinamógeno*. Cabe, pues, preguntarse si el color alegre que ostentan las mujeres tiene por objeto excitar a esos hombres, severos y sombríos como los trajes que ostentan.

Los castellanos, en efecto, gustan del color pardo. Pero "el vestir de *pardo* los castellanos no se debe más que a ser ése el color natural de la lana, el color de los borregos de que la lana se saca y se dejan las telas de ese color, porque eso cuesta menos que teñirlas" (*Ibidem*, 15). He aquí una explicación que merece meditación.

Los publicistas que sacan conclusiones fáciles y nada fundadas sobre la manera de vestir de los castellanos, deben releer los dichos de nuestro autor y medir sus palabras. No se trata tanto de gusto individual como de necesidad impuesta por las exigencias de la vida.

Otro tanto sucede, como queda dicho, con la famosa y tradicional sobriedad de los españoles.

Unamuno nos habla de tierras tristes, muy tristes, sahárnicas, pero el color oscuro, soñmbrio, no parece hallarse sino en el Bajo Aragón, donde "el color de la tierra es más *hosco*", "más seco y desolado que el de Castilla" (*Andanzas y visiones*, etc., 100). Este color no inspira ensueños, sino paz y tranquilidad. Por ello, nuestro autor nos dice: "Era solemne, al anochecer, el cristal plateado del río padre reflejando el plata del cielo del día moribundo" (*Ibidem*, 100).

Por el contrario, la región del Alto Aragón presenta tierras más "ásperas y bravías" (*Ibidem*, 138), mientras que el lado francés no ofrece sino "una sola vertiente", "un aspecto más riente, más cultivado, más civilizado, mucho más grandioso que el español" (*Ibidem*, 138).

En la región gallega sabido es que domina la nota *verde*: "Como lenta caricia, el Miño desciende restregándose en sus vegas, y el Lérez en *lecho de verdura* se recuesta... Desde un *verde rincón* de la robleda *la verde melodía de la gaita*..." (*Andanzas y visiones*, etc., 174).

Campos verdes, riberas verdes, rías que reflejan el verde de los prados. Galicia es sinfonía en verde, donde todo canta la esperanza del porvenir al son de la gaita.

Los contrastes de color no faltan: "Al otro lado de la *tierra rojiza*, a lo lejos, el festón de árboles de la carretera, *amarillos* ahora; en el confín, las *tierras azuladas* que tocan al cielo; las que al recibir el sol que se recuesta en ellas se cubren de *colores calientes*, de un *rubor vigoroso*" (*De mi país*, 67).

Terminemos este apartado por un nuevo contraste: "El Henares de frondosas riberas festoneadas de *álamos negros* y *álamos blancos*... Las montañas en forma de borona, *verdes* y *frescas*, de castaños y nogales, donde salpican al *helecho* las *flores amarillas* de la argoma y las *rojas* del brezo" (*De mi país*, 67).

¡Qué lástima que Unamuno no nos hable de la simpática Andalucía!

LA MUSICA DEL PAISAJE

El paisaje tiene también su música peculiar. Dícese que el agua es, en la naturaleza, el espejo en que el paisaje se contempla. Un paisaje sin agua, como el de Castilla, ofrece marcado contraste con el de las rías gallegas. "El agua, dice Unamuno, es como el alma del paisaje; en ella se ven reflejados los árboles y colinas y como que

adquieren visión y conciencia de sí mismos" (*Por tierras de Portugal*, etc., 178). "El agua, añade nuestro autor, es el elemento musical" (*Paisajes del alma*, 167).

Esta idea será desarrollada más lejos: "El agua es, en efecto, la conciencia del paisaje; en el agua, como queda quieta y serena, se reflejan los árboles y las rocas; en el agua se ven como en espejo; en el agua se desdobl原因, adquieren reflexión de sí; el agua es, repito, la conciencia del paisaje. Donde hay agua parece el paisaje vivo" (*Por tierras de Portugal*, etc., 195). El agua es, pues, no sólo "alma", sino también "conciencia" del paisaje.

Unamuno siente que el entusiasmo se desborda de su alma al contemplar el mar. Esta enorme sábana de agua, esta soledad eterna del mar "que por todas parte nos ciñe es un poderoso sedante, un casi narcótico" (*Ibidem*, 184).

Es difícil sustraerse a la influencia del mar. Nuestro autor desearía bañar cada día "la vista en la visión eterna de la mar" (*Paisajes del alma*, 95). La nota musical vendrá pronto a animar las consideraciones íntimas de nuestro autor: "¡Qué dulce sería reposar por siempre en su seno tranquilo y silencioso, reposar aquí mientras sus olas cantan nuestra vida" (*Ibidem*, 185).

El agua es música y es caricia suave que deleita: "El río Nansa baja cantando, brizando el sueño de la vida de aquellos montañeses primitivos y lamiendo los peñascos rodados y cudones que arrancó a los riscos de la cordillera que sirve de cabezal a España" (*Paisajes del alma*, 37).

La paz del cementerio de Tudanca está mecida por el canto cristalino del río: "Que briza el sueño de los soñadores muertos como briza el de los vivos" (*Ibidem*, 39). Y más lejos: "El Nansa se despeña cantando entre peñascos y es algo más hondo que la historia lo que nos dice su cantar" (*Ibidem*, 39).

Unamuno dedicará un extenso poema al Nervión, riachuelo de "su Bilbao"; "¿qué puede competir con el arroyuelo de nuestra aldea natal, con aquel que bajaba cantando junto a nuestra cuna y brizó nuestros sueños de la infancia?" (*Andanzas y visiones*, etc., 30). El canto de los riachuelos es nota típica en las descripciones de paisajes de nuestro autor. Los arroyos, las cascadas, las fuentes, todo es objeto del entusiasmo unamuniano. A la vista de un arroyo reboseará de gozo y no pasará a su lado sin mojarse los pies y hasta la cabeza (*Por tie-*

rras de Portugal, 180), y al hallarse ante una cascada que no haya sido utilizada para fines industriales estallará su admiración y su espíritu se sentirá removido "por los inquietadores pensamientos eternos" (*Andanzas y visiones*, etc., 139).

Los pájaros animan el paisaje con sus cantos y ponen en él una nueva nota musical. No sólo los pájaros, sino también las cigarras con sus voces tan monótonas como estridentes: "Se ve el abolengo, más que oriental, africano líbico, del encendido chirrido de la cigarra espiritual mallorquina" (*Andanzas y visiones*, etc., 128). Más lejos nos dirá: "Se oye el febril chirrido de las cigarras", que, "ebrias de sol, estremecen el cielo y la tierra con su chirrido, brizando la siesta ensoñadora del mar" (*Ibidem*, 129). Esas cigarras no hacen sino cantar "la gloria del Señor" (*Ibidem*, 130).

En suma, nuestro autor, con habilidad única, introduce en el paisaje no sólo un elemento musical, sino también el país y aun la lengua. En efecto, "el país y la lengua también se revuelcan sobre la tierra de tomillos y jaras y espliegos y cantuesos y gamonas y hacen el paisaje y el lenguaje" (*Paisajes del alma*, 167). La conclusión es clara: "El paisaje es un lenguaje y el lenguaje un paisaje" (*Ibidem*, 167).

Es el canto de la naturaleza, que no todos saben oír, del paisaje que nos habla con voces armónicas, y, al escucharlo, cuando se es artista nato, "se le suben a uno de las entrañas de la tierra madre de España ocho siglos que le remozan a quien los oye el corazón" (*Ibidem*, 167). No es posible comprender el paisaje con la cabeza, háy que amarlo con el corazón entero. Es la única manera de comprenderlo.

PAISAJE DEL ALMA

Hemos visto múltiples paisajes físicos, naturales, descritos por Unamuno con tanta precisión como subjetividad y sentimiento íntimo. Los paisajes que nuestro autor nos ofrece, como ha sido dicho, no son siempre físicos, retratos directos de la naturaleza viva. Hay paisajes en que el alma del autor expresa su propio paisaje, esto es, que se pone al unísono con el paisaje real y físico formando un todo único e inseparable.

El paisaje, si se quiere, responde con exactitud matemática a un

estado anímico del autor. Se trata, pues, de paisajes del alma, más difíciles de describir con palabras, porque el estado del alma cambia a cada instante removido por múltiples sentimientos y el dicho es, sin duda, posterior a la imagen contemplada en la interioridad del alma y a las propias ideas. Para lograr una descripción anímica acabada es preciso dar libre curso a los sentimientos, dejar que el alma se desborde libremente sin diques que la retengan. De otro modo, la imagen se escapa y la palabra tardía sólo da una idea desvaída del paisaje interior.

Unamuno nos dice: "La nieve había cubierto todas las cumbres rocosas del alma. Estaba el alma envuelta en un manto de immaculada blancura" (*Paisajes del alma*, 17). Más lejos, llevado por idea que es tormento íntimo, añade: "Las rocosas cumbres del alma embozadas en el immaculado manto de la nieve", y, sobre esas cumbres rocosas, nos descubrirá "márgenes de verdura, alma cubierta de verdura" (*Ibidem*, 17, 18).

He aquí el paisaje íntimo, la alegoría clara, significativa, comprensible, la realidad hecha metáfora. La juventud, la eterna y verde juventud, frente a frente con la vejez cansada, cuya blanca nieve—blanca como los cabellos que coronan la cabeza del viejo—contrasta con la verdura de los años mozos. Nuestro autor concluye: "Dentro de aquellas cumbres rocosas bullían aún pavesas de lo que en la juventud de las rocas fué un volcán" (*Ibidem*, 18).

Palabras llenas de sentido alegórico fácilmente perceptible. En efecto, Unamuno fué en otro tiempo volcán impetuoso, violento, cuya lava destruyó muchas ilusiones. Hecho nuevo Don Quijote, sin más armas que su inteligencia formidable, quiso enderezar los tuerzos de un país nacido para ser eterno soñador, paladín del noble ideal humano, pero siempre condenado, de antemano, a la derrota física. Nuestro autor, que jamás quiso ser simpático, no logró siempre su empeño. Hizo, sin duda, mucho bien, porque su fervor patriótico gritó con voces de verdad, pero no dejó de hacer mal, sin quererlo, impulsado por su espíritu de violento combatiente exclusivista. El maestro Ortega y Gasset ha podido decir, con razón, parodiando los dichos del *Poema del Cid*: "¡Dios, qué buen vasallo si oviese buen Sennor!"

Vejez, juventud, dos instantes de la vida que juegan a sucederse mutuamente sin dejar de aprender el uno del otro: "Y la verdura se alimentaba de aquellas mismas aguas de las nieves" (*Ibidem*, 18).

Unamuno puede decir que "la verdura", la eterna juventud del alma española, bebía de la nieve. No en vano ha sido durante medio siglo el punto de mira de las jóvenes generaciones que buscaron en España un camino de salud al atrofiamiento espiritual de fines del último siglo.

El alma tiene, pues, sus propios paisajes. Cada sentimiento íntimo constituye un paisaje distinto; cada momento de la vida es un paisaje interior que corresponde a otro externo y físico.

Las llanuras incultas y las estepas constituyen también verdaderos paisaje del alma. ¿Acaso el alma desprovista de alegría no es tan semejante a la estepa como el espíritu sin amores es idéntico al desierto?

Nada tiene de extraño que nuestro autor nos diga: "También en la estepa, en el páramo, lejos de la montaña, cae la blanca soledad de la nieve silenciosa, y el páramo, como la montaña, se envuelve en arreiciente manto de nieve. Pero es que el páramo suele ser también montaña, todo él vasta cima ceñido en redondo por el cielo" (*Ibidem*, 19).

En suma, ese páramo cubierto de nieve no es otra cosa que el alma, la pobre alma "clavada a la tierra", aunque aspira al cielo, sobre la que "pasan las fieras hambrientas, y acaso escarban con sus garras al husmear vida dentro" (*Ibidem*, 20).

El paisaje de la estepa no es sino la imagen de un paisaje de nieve, un capricho del destino que obliga al hombre a volverse hacia sí mismo, hacia su ser inferior e íntimo para soñar allí a Dios, como Dios le sueña eternamente.

El alma es, por otra parte, el paisaje de las cosas: "Este sueño de piedra entra al alma y cae en ella, dentro de ella, más dentro de ella, en el alma del alma, en lo que está más dentro del alma misma, y arrastra a ésta, a nuestra alma, al cimiento de las almas todas" (*Andanzas y visiones*, etc., 135).

Todo pasa, pero el sueño queda con más persistencia que el recuerdo. Por ello, nuestro autor nos dirá: "¿No es cada una de nuestras almas un sillar que la vida talla?" (*Ibidem*, 135).

Unamuno habla de la torre de Monterrey, y como conclusión, añade: "Con ello me llevas a que te siga contemplando, siga yaciendo y posando en el fondo del mar de las almas esta mi visión de ti, que se me acuña en el alma de estas montañas de rayos de sol cernidos por la helada. El sueño queda: la visión queda" (*Ibidem*, 135).

Alma de nieve, alma de piedra, estepa, páramo, variantes de un mismo sujeto sensible: paisajes del alma que en nada repugnan a la realidad. El alma del paisaje no es otra cosa que el paisaje del alma.

He aquí, en resumen, la idea esencial de nuestro autor. En lo que toca a paisajes del alma, Unamuno ha sabido no sólo mostrarse original, como en tantas otras cosas, sino que además ha logrado añadir a la clásica descripción de paisajes un elemento nuevo desconocido hasta nuestros días, por no decir jamás profundamente sentido.

Nuestro autor quedará en el vasto campo de la literatura moderna como el más personal y original de cuantos han descrito paisajes, pues ha sabido introducir en ellos, con habilidad única, pedazos de su propia alma. Unamuno es uno con el paisaje que describe.

JERÓNIMO DE LA CALZADA